

de *La hija del doctor Velasco*; guionistas y productores de cine; así hasta el siglo XXI, cuando la patraña reaparece en el *Cuarto Milenio* televisivo de Iker Jiménez y en las rutas turísticas de las guías urbanas de Madrid. Pero no queda ahí el asunto, Sánchez Gómez intenta desbaratar algunas de las interpretaciones académicas que se han hecho en este siglo XXI bajo ópticas diversas, como modelo de estudio en clave patológica o como paradigma de dominación patriarcal, ya que se fundamentan solamente en las fuentes literarias.

Como conclusión, Sánchez Gómez elabora dos capítulos finales destinados a intentar entender, por un lado, el caso de Conchita en el contexto histórico de los embalsamamientos y, por el otro, la conducta de Velasco ante semejantes hechos. El primero de los capítulos contiene los mimbres de lo que podría ser la historia de embalsamadores, taxidermistas y naturalizadores de cadáveres en la España contemporánea. Un asunto complejo que implica a su vez una buena historia de las exposiciones internacionales itinerantes, que contribuyeron a la construcción de la normalidad y de la otredad abyecta desde las ópticas de clase, raza, género, lengua, latitud, etc. Un mundo, banalizado, en absoluto alejado de nuestra contemporaneidad: basta recordar al negro de Bañolas o a los chinos *plastinados* por Von Hagen. El segundo capítulo final, por su parte, lleva al autor a argumentar una defensa de la conducta de Velasco en este asunto en términos de su amor paternal, de su *savoir faire* en la química del embalsamamiento y del *laissez-faire* de aquella sociedad. ■

Alfons Zarzoso

Museu d'Història de la Medicina de Catalunya

orcid.org/0000-0003-1263-0571

■ **Samuel J. Redman. Bone Rooms, from Scientific Racism to Human Prehistory in Museums.** Cambridge, Mass.: Harvard University Press; 2016, 408 p. ISBN 9780674660410. 27 €

Empezaremos con una historia. 1911, tras años sin noticia de «salvajes», un indio de los Yahi apareció de la nada cerca de Oroville, California. Después de pasar por prisión, Ishi (simplemente «hombre» en un idioma nativo) fue a parar al Museo de Antropología de la Universidad de Berkeley. Allí tuvo amigos e intereses, y también fue estudiado y exhibido como «el último salvaje», hasta que en 1916

murió de tuberculosis. Albert Kroeber, antropólogo del museo, decidió que a Ishi no se le haría autopsia ya que, tratándose de un amigo, «la ciencia puede irse al infierno». Finalmente, fue incinerado, pero su cerebro fue conservado y enviado al museo de la Smithsonian.

Esta historia es una de las muchas que Samuel J. Redman narra en *Bone Rooms*, libro que se adentra en efecto en esas «salas de huesos» de museos e instituciones académicas, exponiendo la recopilación, clasificación, medición, interpretación y exhibición de esos restos óseos durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX. A la vez, Redman explora las interacciones, fronteras y desencuentros entre las disciplinas que estudiaron estos huesos: la antropología médica, la física y la prehistoria. Vemos así cómo científicos norteamericanos de estos campos, sus ayudantes, trabajadores, amateurs o buscadores de recompensas, contribuyeron, con el soporte del supuesto «bien colectivo y superior» y del carácter «neutral» de la ciencia, a la recolección de restos óseos de indios americanos muertos en batalla o a manos de los colonos, y, sobre todo, a la profanación de miles de tumbas, de las más antiguas a las más recientes, para coleccionar materiales que se fueron amontonando en los museos para permanecer, en su mayoría, sin ser estudiados siquiera.

A pesar de que algunos de los científicos que recibían los especímenes estaban en desacuerdo con los métodos empleados para recolectarlos, estaba claro para ellos que los huesos humanos tenían un valor específico para el «avance» de la ciencia, por lo que justificaban, o veían como colateral, el daño hecho. Además, los huesos fueron expuestos, con legitimación científica, para mostrar una visión positivista y progresiva de la evolución humana. Los esqueletos de los indígenas mostraban, según los científicos, características neandertales, convirtiéndose así en una prueba física para demostrar las diferencias y jerarquías raciales, además de hacer ver al público que la raza era una categoría científica más allá del color de la piel, cosa que reforzó y legitimó la progresiva «conquista del Oeste» por parte de los estadounidenses.

Redman divide su libro en seis capítulos. El primero, «Collecting Bodies for Science», trata de los métodos utilizados al inicio de esta «fiebre de los huesos». La Guerra Civil Americana fue clave para estas prácticas recolectoras, dirigidas por los antropólogos médicos y orientadas a la adquisición de ejemplares con heridas o fracturas. Tras la guerra, estas prácticas no cesaron sino que aumentaron, y se orientaron a los estudios raciales.

El segundo capítulo del libro «Salvaging Race and Remains» muestra el interés de los museos no ya por ejemplares coetáneos, sino por los restos arqueológicos. Poco a poco, se fue descubriendo que los nativos americanos hacía

milenios que ocupaban el continente y que algunas de estas ocupaciones mostraban culturas complejas, capaces de elaborar construcciones notables. Aunque estos descubrimientos fueron enormemente populares, lejos de servir para valorar de otro modo a los indígenas, reforzaron su posición inferior. Para la mayoría de científicos, estas sociedades no pertenecían a los antepasados de los indios contemporáneos, sino que eran los restos de grandes civilizaciones perdidas.

«The Medical Body on Display», el tercer capítulo del libro, está dedicado a la recolección, estudio, exhibición y utilización pedagógica de los huesos humanos en las facultades y museos médicos. Como hemos indicado, fue en este sentido que empezaron a valorarse los huesos y a coleccionarse aquellos con patologías o heridas de batalla. Vemos historias como la del soldado con el brazo amputado que, años después, encuentra su propia extremidad en un museo, o la del esqueleto completo de un «gigante» de procedencia desconocida, que nos recuerda al protagonista de la película *Handia* (2017), cuyo cuerpo, por cierto, desapareció. Las condiciones médicas raras o espectaculares del esqueleto eran lo que entonces importaba y lo que atraía al público a estos museos, que fueron el embrión para la creación de los museos antropológicos orientados a la raza o la prehistoria.

El cuarto capítulo, «The Story of Man through the Ages», nos cuenta la tendencia de la investigación, al principio del siglo XX, hacia el estudio de la evolución humana. Aunque antropólogos relevantes reforzaron las diferencias raciales, la antropología fue cambiando hacia un estudio cultural de los grupos humanos y hacia una utilización de los huesos para explicar la prehistoria humana. A pesar de este cambio progresivo, a menudo se asociaba los restos antiguos con algunos de los grupos actuales, que conservaban características «primitivas».

El siguiente capítulo, «Scientific Racism and Museu Remains», nos explica la historia del destacado antropólogo físico afroamericano Montague Cobb (1906-1990), que utilizó los métodos de la antropología para llegar a la conclusión de que no existían diferencias raciales. Este y otros cambios parece que abrieron un futuro incierto para las *bone rooms*, que en gran medida dejan de utilizarse, aunque, significativamente, no dejan de crecer, al menos hasta la Segunda Guerra Mundial.

El último capítulo, «Skeletons and Human Prehistory», narra la llegada a Estados Unidos procedente de Europa, transportado en un ataúd como el de los soldados caídos en batalla, de un esqueleto prehistórico completo de quince mil años de antigüedad, que causó sensación entre el público, recibiendo veintidós mil visitantes en un día. La prehistoria dominaba y, aunque se utilizaban esculturas y réplicas, los huesos continuaban atrayendo al público.

A pesar de que Redman peca de una presentación un tanto desordenada, cronológica y temáticamente (en ocasiones demasiado general y repetitiva), y de una evidente falta de contexto y bibliografía en la parte de la prehistoria, producto quizá de un exceso de ambición al incluirla al lado de la parte dedicada al estudio médico y racial de los restos (mucho más documentada y trabajada), este libro supone una gran aportación a la historia de la antropología en Estados Unidos. Redman nos descubre unos científicos, y una sociedad que, mientras valoraba y estudiaba los huesos de los indígenas tanto contemporáneos como prehistóricos, no tenía ninguna consideración por los indígenas vivos. Sin pretender juzgar toda una empresa científica, ni pecar de presentistas, podríamos llegar a la conclusión que los investigadores hacían lo que hacían porque actuaban bajo una ética muy diferente a la actual. Ahora bien, tal y como afirma Redman, era mucho más fácil disponer de un ejemplar de las remotas islas del Pacífico, que de un caucásico nacido y muerto en Europa o en Estados Unidos: las tumbas cristianas no se profanaban. Kroeber tuvo claro que a Ishi no se le practicaría autopsia, aunque se conservó el cerebro, la ciencia no se metía con los «amigos».

No estamos, pues, detrás de una cuestión ética sino de una de afinidades y consideraciones. Creo que lo que deja claro este libro es que, en este periodo, para la sociedad norteamericana y para la sociedad occidental en general, los indígenas no eran «amigos», sino enemigos, considerados inferiores, no humanos, a los que, a la vez que se les exterminaba o se les marginaba, había que estudiar, patológicamente, en profundidad. ■

Miquel Carandell Baruzzi

Museu de Ciències Naturals, Granollers
orcid.org/0000-0003-3846-8007

Heike Karge, Friederike Kind-Kovács y Sara Bernasconi, eds. From the midwife's bag to the patient's file. Public Health in Eastern Europe. Budapest-New York: Central European University Press; 2017. ISBN 9789633862087. 62 €

La serie de Historia de la Medicina que dirige Marius Turda, coordinador igualmente del *Working Group on the History of Race and Eugenics* en la Oxford Brookes University, publicada por la editorial de la *Central European University* de Budapest —de cuya caída en desgracia frente al actual gobierno húngaro hemos